

ENCUENTROS DE ORACIÓN

“BUSQUEMOS LA PAZ, HAGAMOS EL BIEN”



2018 AÑO POR LA PAZ EN GUATEMALA

Familia Franciscana, Constructores de Paz y Bien”



1

# PREPRACIÓN:

1. Hacer previamente la invitación a participar a los encuentros de oración por la paz en Guatemala todos los miembros de la Familia Franciscana presentes en nuestra ciudad.
2. El siguiente texto es sólo una sugerencia, se puede modificar según las necesidades o la creatividad de una comunidad, especialmente se recomienda añadir algunos cantos conocidos.
3. Se sugiere que el encuentro de oración dure de 50 a 60 minutos.
4. A lo largo del encuentro de oración son de suma importancia los momentos de silencio.
5. En el lugar donde se llevará a cabo el encuentro de oración se puede colocar alguna imagen de san Francisco de Asís, o el recuerdo de las Américas.

# ENCUENTRO DE ORACIÓN POR LA PAZ EN GUATEMALA

**MONICIÓN**

Francisco de Asís, que se manifestó en su tiempo como un «nuevo evangelista», portador de la buena noticia de Jesucristo, fue, gracias a ello y como consecuencia de ello, un hombre de paz. No sólo un mensajero o un predicador de paz, sino un artífice, un creador de paz. La misión que la Familia Franciscana hemos recibido de la Iglesia nos compromete a ser anunciadores del Evangelio y, por tanto, artífices de paz en medio de las situaciones difíciles y conflictivas de nuestro tiempo. Francisco es para nosotros un guía seguro y luminoso. Hoy queremos reunirnos como hermanos para implorar a Dios el don de la paz que tanta falta nos hace como país, recurriendo a la intercesión de Francisco y Clara de Asís.

# SALUDO

V. / En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo R. / Amén

V. / El Dios de Nuestro Señor Jesucristo, que por la acción del Espíritu Santo nos colma con su alegría y con su paz, permanezca siempre con todos ustedes.

# ACTO PENITENCIAL

V. / Tú que has venido para guiar nuestros pasos por el camino de la paz: Señor, ten piedad.

R. / Señor, ten piedad.

V. / Tú que eres nuestra paz y has hecho de todos los hombres un solo pueblo derribando el muro que nos separaba: Cristo, ten piedad.

R. / Cristo, ten piedad.

V. / Tú que has reconciliado a todos los pueblos uniéndolos en un solo cuerpo mediante tu cruz: Señor, ten piedad.

R. / Señor, ten piedad.

# ORACIÓN

Dios, Padre santo, que nos has dado el don de la luz de tu Hijo resucitado, bendito seas por todos los siglos; concede a nuestro pueblo, que desea ser fiel a tus mandamientos, la paz y la justicia. Por Jesucristo, nuestro Señor.

# R/. Amén

**ILUMINACIÓN DE LA PALABRA DE DIOS**

**Lectura del Libro del Éxodo (3, 7-10)**

Yahvé le dijo: "He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, he escuchado el clamor ante sus opresores y conozco sus sufrimientos. He bajado para librarlo de la mano de los egipcios y para subirlo de esta tierra a una tierra buena y espaciosa; a una tierraquemanalecheymiel,alpaísdeloscananeos,deloshititas,delosamorreos, delosperizitas,delosjivitasydelosjebuseos.Asípues,elclamordelosisraelitasha llegadohastamíyhevistolaopresiónconquelosegipcioslosafligen.Ahora,pues, ve: yo te envío al faraón para que saques a mi pueblo, los israelitas, de Egipto."

**Después de un momento de silencio:**

La dignidad y las relaciones interpersonales nos constituyen como seres humanos, queridos por Dios a su imagen y semejanza. Como creaturas dotadas de inalienable dignidad, nosotros existimos en relación con nuestros hermanos y hermanas, ante los que tenemos una responsabilidad y con los cuales actuamos en solidaridad. Fuera de esta relación, seríamos menos humanos. Precisamente por eso, la indiferencia representa una amenaza para la familia humana. Deseo invitar a todos a reconocer este hecho, para vencer la indiferencia y conquistar la paz. (2)

# Sal. 84, 9-13

R. /***Dios anuncia la paz***

Voy a escuchar lo que dice el Señor: “Dios anuncia la paz

a su pueblo y a sus amigos

y a los que se convierten de corazón”.

La salvación está ya cerca de sus fieles, y la gloria habitará en nuestra tierra;

la misericordia y la fidelidad se encuentran, la justicia y la paz se besan.

La fidelidad brota de la tierra, y la justicia mira desde el cielo; el Señor nos dará la lluvia,

y nuestra tierra dará su fruto.

**Después de un momento de silencio:**

No podemos quedarnos indiferentes. Hoy el mundo tiene una ardiente sed de paz. En muchos países se sufre por guerras, en muchos casos olvidadas, pero que siempre son causa de sufrimiento y de pobreza. (…) Pienso en familias, cuya vida ha dado un vuelco; en niños que no han conocido en su vida nada más que violencia; en ancianos obligados a abandonar sus tierras: todos ellos tienen una gran sed de paz. No queremos que estas tragedias caigan en el olvido. Juntos, nosotros deseamos dar voz a los que sufren, a los que no tienen voz y a los que nadie escucha. Ellos saben, muchas veces mejor que los poderosos, que no hay un mañana en la guerra y que la violencia de las armas destruye la alegría de la vida.(1)

# + Lectura del santo evangelio según san Mateo (5, 1-12a)

En aquel tiempo, al ver Jesús el gentío, subió a la montaña, se sentó, y se acercaron sus discípulos; y él se puso a hablar, enseñándoles:

«Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados.

Dichosos los sufridos, porque ellos heredarán la tierra.

Dichosos los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados.

Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Dichosos los que trabajan por la paz, porque ellos se llamarán los Hijos de Dios. Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

Dichosos ustedes cuando los insulten y los persigan y los calumnien de cualquier modopormicausa.Esténalegresycontentos,porquesurecompensaserágrande en el cielo.»

**Después de un momento de silencio:**

Nosotros no tenemos armas. Pero sí creemos en la fuerza humilde y mansa de la oración. En esta jornada, la sed de paz se ha convertido en invocación a Dios, para que cesen las guerras, el terrorismo y la violencia. Busquemos en Dios, fuente de la comunión, el agua limpia de la paz, de la que tanta sed tiene el mundo. Esa agua no puede brotar en los desiertos del orgullo y de los intereses partidistas, en las tierras áridas de obtener beneficios a toda costa y del comercio de armas. (…)Nosotros, aquí, juntos y en paz, creemos en un mundo fraterno y mantenemos la esperanza en un mundo fraterno. Deseamos que hombres y mujeres de religiones distintas se reúnan en todas partes y creen concordia, sobre todo allí donde hay conflictos. Nuestro futuro es convivir. Por eso estamos llamados a librarnos de los pesados fardos de la desconfianza, de los fundamentalismos y del odio. Que los creyentes se llenaran de paz en la invocación a Dios y en la acción por el hombre.(1)

# RESPONDEMOS A LA PALABRA DE DIOS

Oración para pedir la paz: Señor,

hazme un instrumento de tu paz: donde haya odio, ponga yo amor, donde haya ofensa, ponga yo perdón,

donde haya discordia, ponga yo armonía, donde hay error, ponga yo verdad, donde haya duda, ponga yo lafe,

donde haya desesperación, ponga yo esperanza, donde haya tinieblas, ponga yo la luz,

donde haya tristeza, ponga yo alegría.

Oh, Señor, que no me empeñe tanto en ser consolado como en consolar,

en ser comprendido, como en comprender, en ser amado, como en amar;

porque dando se recibe, olvidando se encuentra, perdonando se es perdonado,

muriendo se resucita a la vida . Amén

**TEXTOS PARA MEDITAR** (elegir sólo uno)

# De la Constitución Pastoral Gaudium et Spes sobre la Iglesia en el mundo actual (n.78)

La paz no es la mera ausencia de la guerra, ni se reduce al solo equilibrio de las fuerzas adversarias, ni surge de una hegemonía despótica, sino que con toda exactitud y propiedad se llama obra de la justicia (Is 32, 7). Es el fruto del orden plantado en la sociedad humana por su divino Fundador, y que los hombres, se dientos siempre de una más perfecta justicia, han de llevar a cabo. El bien común del género humano se rige primariamente por la ley eterna, pero en sus exigencias concretas, durante el transcurso del tiempo, está cometido a continuos cambios; por eso la paz jamás es una cosa del todo hecha, sino un perpetuo quehacer. Dada la fragilidad de la voluntad humana, herida por el pecado, el cuidado por la paz reclama de cada uno constante dominio de sí mismo y vigilancia por parte de la autoridad legítima.

Esto, sin embargo, no basta. Esta paz en la tierra no se puede lograr sino se asegura el bien de las personas y la comunicación espontánea entre los hombres de sus riquezas de orden intelectual y espiritual. Es absolutamente necesario el firme propósito de respetar a los demás hombres y pueblos, así como su dignidad, y el apasionado ejercicio de la fraternidad en orden a construir la paz. Así, la paz es también fruto del amor, el cual sobrepasa todo lo que la justicia puede realizar.

La paz sobre la tierra, nacida de la moral del prójimo, es imagen y efecto de la paz de Cristo, que procede de Dios Padre. En efecto, el propio Hijo encarnado, Príncipe de la paz, ha reconciliado con Dios a todos los hombres por medio de su cruz, y, reconstituyendo en un solo pueblo y en un solo cuerpo la unidad del género humano, ha dado muerte al odio en su propia carne y, después del triunfo de su resurrección, ha infundido el Espíritu de amor en el corazón de los hombres.

Por lo cual, se llama insistentemente la atención de todos los cristianos para que, viviendo con sinceridad en la caridad (Eph 4,15), se unan con los hombres realmente pacíficos para implorar y establecer la paz.

Movidos por el mismo Espíritu, no podemos dejar de alabar a aquellos que, renunciando a la violencia en la exigencia de sus derechos, recurren a los medios de defensa, que, por otra parte, están al alcance incluso de los más débiles, con tal que esto sea posible sin lesión de los derechos y obligaciones de otros o de la sociedad.

En la medida en que el hombre es pecador, amenaza y amenazará el peligro de guerra hasta el retorno de Cristo; pero en la medida en que los hombres, unidos por la caridad, triunfen del pecado, pueden también reportar la victoria sobre la violencia hasta la realización de aquella palabra: De sus espadas forjarán arados, y de sus lanzas hoces. Las naciones no levantarán ya más la espada una contra otra y jamás se llevará a cabo la guerra (Is2,4).

# De las Florecillas de San Francisco de Asís (Cap.XXI)

Cómo San Francisco amansó, por virtud divina, un lobo ferocísimo

En el tiempo en que San Francisco moraba en la ciudad de Gubbio, apareció en la comarca un grandísimo lobo, terrible y feroz, que no sólo devoraba los animales, sino también a los hombres; hasta el punto de que tenía aterrorizados a todos los habitantes, porque muchas veces se acercaba a la ciudad. Todos iban armados cuando salían de la ciudad, como si fueran a la guerra; y aun así, quien topaba con él estando solo no podía defenderse. Era tal el terror, que nadie se aventuraba a salir de la ciudad.

San Francisco, movido a compasión de la gente del pueblo, quiso salir a enfrentarse con el lobo, desatendiendo los consejos de los habitantes, que querían a todo trance disuadirle. Y, haciendo la señal de la cruz, salió fuera del pueblo con sus compañeros, puesta en Dios toda su confianza. Como los compañeros vacilaran en seguir adelante, San Francisco se encaminó resueltamente hacia el lugar donde estaba el lobo. Cuando he aquí que, a la vista de muchos de los habitantes, que habían seguido en gran número para ver este milagro, el lobo avanzó al encuentro de San Francisco con la boca abierta; acercándose a él, San Francisco le hizo la señal de la cruz, lo llamó a sí y le dijo:

-- ¡Ven aquí, hermano lobo! Yo te mando, de parte de Cristo, que no hagas daño ni a mí ni a nadie.

¡Cosa admirable! Apenas trazó la cruz San Francisco, el terrible lobo cerró la boca, dejó de correr y, obedeciendo la orden, se acercó mansamente, como un cordero, y se echó a los pies de San Francisco. Entonces, San Francisco le habló en estos términos:

-- Hermano lobo, tú estás haciendo daño en esta comarca, has causado grandísimos males, maltratando y matando las criaturas de Dios sin su permiso; y no te has contentado con matar y devorar las bestias, sino que has tenido el atrevimiento de dar muerte y causar daño a los hombres, hechos a imagen de Dios. Por todo ello has merecido la horca como ladrón y homicida malvado. Toda la gente grita y murmura contra ti y toda la ciudad es enemiga tuya. Pero yo quiero, hermano lobo, hacer las paces entre tú y ellos, de manera que tú no les ofendas en adelante, y ellos te perdonen toda ofensa pasada, y dejen de perseguirte hombres y perros.

Ante estas palabras, el lobo, con el movimiento del cuerpo, de la cola y de las orejas y bajando la cabeza, manifestaba aceptar y querer cumplir lo que decía San Francisco. Díjole entonces San Francisco:

--Hermanolobo,puestoqueestásdeacuerdoensellarymantenerestapaz,yote prometo hacer que la gente de la ciudad te proporcione continuamente lo que necesites mientras vivas, de modo que no pases ya hambre; porque sé muy bien que por hambre has hecho el mal que has hecho. Pero, una vez que yo te haya conseguido este favor, quiero, hermano lobo, que tú me prometas que no harás daño ya a ningún hombre del mundo y a ningún animal. ¿Me lo prometes?

El lobo, inclinando la cabeza, dio a entender claramente que lo prometía. San Francisco le dijo:

--Hermano lobo, quiero que me des fe de esta promesa, para que yo pueda fiarme de ti plenamente.

Tendióle San Francisco la mano para recibir la fe, y el lobo levantó la pata delantera y la puso mansamente sobre la mano de San Francisco, dándole la señal de fe que le pedía. Luego le dijo San Francisco:

-- Hermano lobo, te mando, en nombre de Jesucristo, que vengas ahora conmigo sin temor alguno; vamos a concluir esta paz en el nombre de Dios.

El lobo, obediente, marchó con él como manso cordero, en medio del asombro de los habitantes. Corrió rápidamente la noticia por toda la ciudad; y todos, grandes y pequeños, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, fueron acudiendo a la plaza para ver el lobo con San Francisco. Cuando todo el pueblo se hubo reunido, San Francisco se levanto y les predicó, diciéndoles, entre otras cosas, cómo Dios permite tales calamidades por causa de los pecados; y que es mucho más de temer el fuego del infierno, que ha de durar eternamente para los condenados, que no la ferocidad de un lobo, que sólo puede matar el cuerpo; y si la boca de un pequeño animal infunde tanto miedo y terror a tanta gente, cuánto más de temernos erá la boca del infierno. «Volveos, pues, a Dios, carísimos, y haced penitencia de vuestros pecados, y Dios os librará del lobo al presente y del fuego infernal en el futuro».

Terminado el sermón, dijo San Francisco:

-- Escuchad, hermanos míos: el hermano lobo, que está aquí ante vosotros, me ha prometido y dado su fe de hacer paces con vosotros y de no dañaros en adelante en cosa alguna si vosotros os comprometéis a darle cada día lo que necesita. Yo salgo fiador por él de que cumplirá fielmente por su parte el acuerdo de paz.

Entonces, todo el pueblo, a una voz, prometió alimentarlo continuamente. Y San Francisco dijo al lobo delante de todos:

-- Y tú, hermano lobo, ¿me prometes cumplir para con ellos el acuerdo de paz, es decir, que no harás daño ni a los hombres, ni a los animales, ni a criatura alguna?

El lobo se arrodilló y bajó la cabeza, manifestando con gestos mansos del cuerpo, de la cola y de las orejas, en la forma que podía, su voluntad de cumplir todas las condiciones del acuerdo. Añadió San Francisco:

-- Hermano lobo, quiero que así como me has dado fe de esta promesa fuera de las puertas de la ciudad, vuelvas ahora a darme fe delante de todo el pueblo de que yo no quedaré engañado en la palabra que he dado en nombre tuyo.

Entonces, el lobo, alzando la pata derecha, la puso en la mano de San Francisco. Este acto y los otros que se han referido produjeron tanta admiración y alegría en todo el pueblo, así por a devoción del Santo como por la novedad del milagro y por la paz con el lobo, que todos comenzaron a clamar al cielo, alabando y bendiciendo a Dios por haberles enviado a San Francisco, el cual, por sus méritos, los había librado de la boca de la bestia feroz.

El lobo siguió viviendo dos años en Gubbio; entraba mansamente en las casas de puerta en puerta, sin causar mal a nadie y sin recibirlo de ninguno. La gente lo alimentaba cortésmente, y, aunque iba así por la ciudad y por las casas, nunca le ladraban los perros. Por fin, al cabo de dos años, el hermano lobo murió de viejo; los habitantes lo sintieron mucho, ya que, al verlo andar tan manso por la ciudad, les traía a la memoria la virtud y la santidad de San Francisco.

En alabanza de Cristo. Amén.

# ORACIÓN UNIVERSAL

Suba nuestra oración a Dios, Padre todopoderoso, que quiere iluminar y salvar a todos los hombres con la luz de Jesucristo. Después de cada petición diremos: Señor, ten misericordia de tu pueblo.

1. Por el Papa Francisco, por nuestro Obispo N. y por todos los Obispos, presbíteros y diáconos de nuestra nación, para que guíen con perseverancia al pueblo de Dios hacia la Patria eterna. Roguemos al Señor.
2. Por todos los que formamos esta nación guatemalteca, para que, fieles al Evangelio de Cristo, permanezcamos unidos en la paz y en el amor como una sola familia. Roguemos al Señor.
3. Por nuestros gobernantes, para que protejan la libertad de los ciudadanos, busquen caminos para eliminar la corrupción y promuevan la justicia y la paz. Roguemos al Señor.
4. Por quienes sufren opresión e injusticia, especialmente por nuestros pueblos indígenas marginados, para que la gracia de Dios transforme los corazones de quienes los explotan, a fin de que les proporcionen alivio y solución efectiva a sus demandas. Roguemos al Señor.
5. Por los que están desaparecidos o secuestrados, para que pronto encuentren la libertad, regresen a sus familias y se reintegren a la sociedad siendo testimonios de que el bien nunca es vencido por el mal. . Roguemos al Señor.
6. Por quienes han sido víctimas de la violencia, especialmente las mujeres, para que con la fuerza del Espíritu Santo puedan encontrar la paz sus corazones. Roguemos al Señor.

Padre santo, escucha benignamente nuestras plegarias y concédenos lo que te pedimos, unidos a tu Iglesia y confiados en tu amor. Por Jesucristo, nuestro Señor.

# ORACIÓN FINAL

Señor, tú que guías al universo con sabiduría y amor, escucha las oraciones que te dirigimos por nuestra patria, a fin de que la prudencia de sus gobernantes y la honestidad de los ciudadanos mantengan la concordia y la justicia y se alcancen el verdadero progreso y la paz. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

# BENDICIÓN FINAL

-El Señor te bendiga y te guarde

-te muestre su faz y tenga piedad de ti

-Vuelva a ti su rostro y te dé la paz

-Y la bendición de Dios todopoderoso, del Padre, del Hijo + y del Espíritu Santo,

descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.

# ORACIÓN FRANCISCANA POR LA PAZ

Señor Jesús, Hijo de Dios vivo,

que en el Calvario abriste el camino de la paz abrazando al mundo entero,

tú elegiste a tu siervo

el pobre y humilde Francisco de Asís

como mensajero de Paz y Bien en el mundo; y por tu gracia

él se sintió el menor de todos, el hermano de todos;

y al sol y al agua,

al viento y al fuego, a fieras y a animales

les dio el dulce nombre de hermanos, porque tú, Señor Dios,

muriendo por nosotros, te hiciste nuestra paz.

Purifica nuestro corazón de todo mal sentimiento,

para que, recibiendo tu amor,

y habiendo gustado tu misericordia, podamos decir humildemente

a quien crucemos en el camino de la vida:

Hermano, hermana:

El Señor te dé su paz.

Amén.

NOTAS:

(1) Papa Francisco. Encuentro de oración por la paz. Asís, septiembre de 2016.



12